

Rol en la implementación de una política académica y científico tecnológica de las universidades, en el marco de la integración regional¹

Sara Rietti*

Alrededor del discurso de la evaluación y el modelo neoliberal

Antes de entrar de lleno al tema de esta ponencia queremos referirnos al contexto en el que se llevan a cabo las prácticas de evaluación que se han de analizar, ubicando la cuestión en el marco de la cooperación e integración que simboliza este Seminario.

Y expresar nuestro optimismo, dado que pese a las dificultades que compartimos no deja de ser promisorio el que se haya elegido esta problemática como tema central de una reunión convocada por la asociación de universidades del grupo de Montevideo; señalando quizá que si bien es cierto que enfrentamos serios problemas, también estamos aprendiendo a reconocerlos. Y a reconocer a la vez, que es justamente en un ámbito de integración desde donde se los puede analizar fructíferamente, y activar soluciones; que por otra parte, sólo se harán posibles en un espacio conjunto como éste.

Para situar la cuestión haremos referencia a nuestra experiencia concreta en la Argentina, con la presunción de que algunas de sus características, en mayor o menor medida, reflejan situaciones compartidas.

Trataremos de fundamentar la convicción -que se nutre de nuestra práctica en el terreno de la política científica y la participación en el campo de los Estudios sobre Ciencia, Tecnología, Sociedad- de que la actividad académica de nuestro medio sufre de un marcado síndrome de sobre evaluación; resultado de objetivos y conflictos ajenos a la finalidad declarada. Que de alguna manera le hace perder relevancia y la convierte en una actividad de bajo rendimiento, no por el gasto que significa, sino porque inhibe su verdadera capacidad de creación. Y aquí hay una afirmación que trataremos de fundamentar.

En primer término señalando el hecho de que en la Argentina no se puede hablar con ligereza de “evaluación”; dejando de lado una larga trayectoria de interrupciones violentas y períodos de intolerancia, (el ejemplo más reciente, 1976 - 83); en los que el desarrollo académico fue coartado por métodos drásticos o insidiosos. En estos últimos casos, los insidiosos, siempre apareció como una constante el reclamo de que el conocimiento rindiera frutos en forma más o menos inmediata, desde el punto de vista de la producción económica.

¹ Trabajo presentado en la Asociación Universidades Grupo de Montevideo, noviembre 2000.

* Coordinadora Académica de la Maestría de Política y Gestión de la Ciencia, UBA

En este sentido la experiencia en la década del 90 fue paradigmática. Junto al más severo ataque a la producción económica nacional del que haya memoria, se asistió al auge y a la penetración de los criterios economicistas para la evaluación y caracterización de los sectores más sensibles de la vida social del país, salud, educación o ciencia.

Sectores de honda repercusión social, en los que manifestándose los efectos en general en el largo plazo, resulta más lesiva la introducción de criterios simplificadores. Donde es fácil, y muy peligroso, encandilarse con indicadores que contabilizan una parcialidad, que sólo adquiere sentido en el marco de una caracterización sustantiva.

Mientras en la universidad irrumpía la nueva figura “Universidad-Empresa”, con el prestigio que tantas veces rodea a las creaciones de la tecnocracia (y el propósito de obtener financiamiento para una actividad que no merecía los favores de algunos organismos internacionales). Como si desde largo tiempo y sin tanto ruido, no hubiese sido una de las preocupaciones del quehacer de la universidad; y como si eso solo pudiera cubrir la responsabilidad social de la misma. Al tiempo que, paradójicamente, las empresas nacionales cerraban o se vendían a capitales extranjeros, acorraladas más que por problemas tecnológicos, por el crédito escaso y caro y la apertura irrestricta a la importación de productos. (Rietti, 1999)

La Universidad se fue adaptando. Primero sufrió el ahogo económico, seguido por el auge de incontables evaluaciones formales (que de alguna forma encubrían un cierto cuestionamiento y la escasez de recursos). Transformándose la producción académica en la de “especialistas” en informes, proyectos y publicaciones, (frecuentemente subdivididas, porque lo que se cuenta es el número). Perdiéndose en el camino la pasión por lo que se hace y la responsabilidad social que implica; agravado por el hecho de que esa evaluación es parte del proceso que califica el acceso a un Programa de Incentivos. Del cual depende un incremento que mejora el escaso salario de los docentes investigadores, (mientras se hace cada vez más difícil reconocer qué incentiva: si a los investigadores a hacer docencia o a los docentes a aparecer como investigadores).

No es difícil imaginar una evaluación muy diferente de la producción científica, si la consideración básica, compartida con el entorno social, fuera que la ciencia es parte del patrimonio intelectual y cultural de la nación, y que su situación da cuenta de la capacidad de elegir y adecuar los adelantos que la sociedad actual impone; para su transformación en factores de desarrollo social y autonomía. En ese caso **sí** sería motivo de preocupación, más que la evaluación a ultranza, que al cabo de casi 10 años de aplicación de ese sistema, no es difícil advertir la creciente falta de respuesta

institucional por parte de nuestra comunidad científica, frente a políticas de rumbo incierto.

Tal como por el contrario se advierte en Brasil -que seguimos por el *Jornal da Ciencia*, órgano quincenal de la Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia- donde ante situaciones conflictivas **sí** se hacen oír respuestas orgánicas de parte de la comunidad científica. Representando la opinión crítica desde distintas perspectivas, con el aporte de las diversas áreas del conocimiento que integran esa Sociedad, desde las ciencias exactas y naturales hasta las sociales y humanas. Y donde se puede percibir que la institución defiende, eludiendo lo corporativo, el desarrollo del conocimiento como parte de un patrimonio colectivo, más allá de su aplicación a una innovación coyuntural. (Fernández, Ana M., 1990). Es eso lo que, sin usar las estadísticas, nos hace pensar que la ciencia en Brasil tiene buena salud; más que el tenor de la inversión, el número de publicaciones o de científicos. Ejercicios que muchas veces distraen de una discusión conceptual sobre qué significa la ciencia como bien social, particularmente en un país periférico.

Señalamos ese comportamiento que nos alienta -más que producimos admiración por algo ajeno- porque lo sentimos parte del patrimonio regional. Una sólida base, asentada en la historia y las cruzas de Latinoamérica; sobre la cual se puede imaginar la construcción de un modelo propio.

A esta altura no podemos disimular que aunque hemos de tratar la Evaluación Científica y Tecnológica, nuestro planteo apuntará más a su vinculación con el desarrollo de una sociedad más justa e igualitaria, que a la multiplicación de las evaluaciones. A la incorporación de **valores** -de difícil cuantificación- pero quizá más eficaces a la hora de liberar el potencial creativo de una comunidad silenciada por una creciente burocratización de la tarea científica y educativa. Que le impide manifestarse en consonancia con su tradición histórica; y ejercer la capacidad crítica, entre otras cosas para advertir el peligro de estar encaminados hacia un sistema, que en último término, resulta funcional al modelo económico predominante. Que no podemos evitar considerarlo nefasto para los países periféricos, y para la condición humana.

A nuestro entender, todo eso forma parte del contexto en el que se debe encuadrar el tratamiento de este tema.

La evaluación científico tecnológica en un país periférico

A partir de lo dicho analizaremos el problema desde una clara perspectiva política. Como corresponde para referirse a un tema de estricta índole política como es la evaluación. Inspirados por una definida voluntad de cambio; eludiendo el pensamiento

único que entrapa en una globalización impuesta y reduce sensiblemente nuestras opciones productivas, tecnológicas e intelectuales. (Ferrer, A. 1996)

Influencia que explica la dificultad generalizada para reconocer las consecuencias que derivan de hacer ciencia según un modelo ajeno, en un contexto extremadamente diferente desde el punto de vista político, económico y social, al de aquellos que “construyen” las reglas,. Sin que se advierta la importancia casi evidente, de elegir métodos y contenidos diferenciales a la hora de evaluar y planificar la producción científica y tecnológica.

Olvidando que la evaluación implica referirse, sin que nunca se haga bastante explícito, a **un modelo** de excelencia; que no es único ni responde a un patrón absoluto. Por el contrario es producto de un determinado contexto, que se define por las características particulares de una dada sociedad y de los fines que ella se propone. Y que es fundamental aprender a diferenciarse; que esas diferencias son críticas respecto a los resultados y que sólo asumiéndolas se puede usufructuar lo más valioso que implica el conocimiento científico.

Se podría aceptar en términos generales que la evaluación aspira a mejorar la calidad de la tarea, (sin olvidar que muchas veces termina convirtiéndose en un fin en sí misma). Pero teniendo presente a la vez que se está manejando el instrumento quizá más incisivo de una política universitaria; lo que obliga a poner especial atención en el asunto y hacer explícitos los criterios de calidad que se aplican. Llevándolos al terreno de la discusión y el desarrollo de alternativas. Evitando aquello que se constituye en un principio inapelable, acerca de que la calidad no se discute; que se refiere, queremos creer que “ingenuamente”, a los aspectos más obvios del problema.

Sabiendo que la verdadera dificultad en la evaluación de la investigación científica, en un contexto de creciente escasez y cuestionamiento, no es de índole técnica ni formal. El punto clave, el más difícil de percibir, explicitar y justificar, está en la definición de aquello que se quiere estimular y cómo hacerlo en forma coherente con el propósito.

Es decir, que el desafío básico es el de la promoción -a través de una evaluación **circunstanciada, situada**- de una investigación “apropiada” para países periféricos; empobrecidos y que padecen de un alto endeudamiento externo. Investigación, que por otra parte, se lleva a cabo fundamentalmente en la universidad pública. Donde la actividad de investigación se financia restando recursos a necesidades básicas sociales; pero donde también es cierto que todavía existen valiosos núcleos de resistencia y esclarecimiento intelectual, imprescindibles para aspirar a un cambio. (Dagnino, R. 1998)

Un marco teórico para la evaluación

La cruda descripción del marco en que se desarrolla la actividad de investigación en nuestros países puede parecer un asunto ajeno a la cuestión de la evaluación que estamos tratando; pero adquiere todo su sentido práctico y teórico si se advierte que en los países centrales es **su** realidad, la de ellos, la que imprime el sello a los criterios con que se evalúa la investigación científica que allí se realiza. La cual en forma directa o indirecta se constituye en un insumo estratégico de un aparato productivo, que compite a nivel internacional; y que de alguna manera devuelve a su sociedad la inversión que se realiza.

Todo lo cual condiciona sin duda los criterios de evaluación de una investigación científica y tecnológica de alta competitividad; funcional para los propósitos explícitos de esas sociedades. (Sin abrir juicio sobre su valor absoluto o para el desarrollo sustentable de la especie humana; o aún sobre la justicia distributiva de los bienes obtenidos).

Al no asumir nosotros que esa ciencia, la de ellos, **se construye** en determinado contexto y con propósitos determinados, se usan mecánicamente los criterios que fundan ese conocimiento y que sirven para su evaluación. Aplicándolos para comunidades esencialmente distintas; en tamaño, recursos, inserción y reconocimiento social. Pero lo que es fundamental, localizadas en un muy diferente entorno socio- económico y cultural. (Fourez, G. 1994)

Como se ve no nos estamos refiriendo simplemente a la definición de las áreas temáticas que se han de estimular, cuestión que parece en principio sencilla; pero que finalmente resulta condicionada por la pertinencia de los criterios que se emplean para juzgar la producción científica. Lo cual influye de forma insidiosa, conduciendo muchas veces por el camino del “pensamiento único”. Y termina premiando una producción poco relevante en cuanto a su inserción y aporte en su propio medio; sellando así una condición de “exótica”, y de alguna manera el pasaporte de muchos investigadores hacia el primer mundo. Problema no menor en los últimos años, en muchos de nuestros países.

El problema queda bien caracterizado en un singular trabajo sobre indicadores científicos de la investigadora brasileña Lea Velho; en el cual muestra, con un tratamiento riguroso de la información disponible, cómo estos sirven muy bien para describir la situación de la ciencia central; y por el contrario en el caso de América Latina, encubren cuestiones tan serias como que a partir de la “modernización” de su ciencia, habiendo mejorado sensiblemente su participación en física teórica, por ejemplo, (como efectivamente muestran los indicadores), pasa desapercibido en cambio, que nuestro aporte en ese campo es irrelevante. Y tampoco resulta fácil

advertir, o puede quedar disimulado, que se perdió peso en las ciencias naturales y otras biociencias de interés social y educativo; que, por otra parte, merecían especial reconocimiento de la ciencia central. (Velho, L. 1994)

En sentido contrario a esa mirada esclarecedora acerca del uso de los indicadores, se pueden señalar algunas contribuciones en nuestro medio, que haciendo un uso parcial y no contextualizado de los mismos, arriban a conclusiones apresuradas; como la afirmación de que la producción científica de la Argentina en los últimos 5 años estaría mostrando un aumento considerable. Sin hacer lugar al posible efecto perverso de la introducción del sistema de Incentivos a la investigación. Lo que, en nuestra interpretación, provocó una superproducción de publicaciones, en muchos casos con múltiples autores; y cada vez más, asociadas a los laboratorios e instituciones de los países centrales, que garantizan el acceso a las revistas de alto "impacto". Lo cual merece al menos alguna reflexión.

Muchas de estas cuestiones se tocan muy tempranamente en el planteo propositivo y teórico de algunos autores del Pensamiento latinoamericano sobre Ciencia y Tecnología, que se formulara entre los '60 y '70, en el marco de la Teoría de la Dependencia. Un antecedente poco conocido y reconocido en nuestro medio; que surgió como resultado fundamentalmente, de una práctica diferente. Y que hoy de alguna manera se encuentra expresado en la concepción más progresista sobre Ciencia, Tecnología y Sociedad, que tiene su centro en Europa y Estados Unidos.

Es interesante destacar que habiendo sido el Pensamiento L.A. un antecedente valioso del pensamiento actual más progresista; habiéndoselo abandonado durante el largo período represivo en la región, y olvidado con la avalancha neoliberal, está hoy prácticamente escindido de nuestro acervo intelectual. Las nuevas generaciones en el mejor de los casos se entusiasman con la concepción **constructivista** de la ciencia, que constituye un valioso aparato teórico, fundamentalmente elaborado en el primer mundo, para analizar el fenómeno. Pero pocos reconocen en ese marco la contribución concreta de nuestros pensadores; que nació de una lúcida y comprometida concepción política y social sobre nuestra realidad.

Sin mencionar que en el ámbito de la ciencia empírica, en los laboratorios, el rechazo es aún más generalizado, con una fuerza que supera la homóloga del primer mundo. Podría ser un tema para la psicología social o la teoría de la dependencia; pero lo que es seguro que no hay que olvidarlo, porque tiene enorme importancia práctica a la hora de promover una política científica consensuada.

Los criterios de evaluación en un rol transformador de la evaluación

Como se puede extraer del punto anterior, aquí sólo hemos de insistir acerca de que los criterios de evaluación recogen fielmente la concepción teórica que subyace, explícita o implícitamente, respecto al carácter que se le atribuye a la producción científica.

Siguiendo esa línea, nuestra posición es que un punto decisivo para la definición de esos criterios sería, a partir de la consideración de nuestra realidad, trabajar la cuestión del grado y tenor de la **originalidad** que se ha de esperar de la producción científica. (Varsavsky, O. 1968, 1969)

Para lo cual es necesario prestar especial consideración al hecho de que esa producción se juzga a través de las publicaciones que se hacen en revistas de circulación internacional; las que reflejan en un altísimo porcentaje la producción de la ciencia central. Lo cual naturalmente está fuertemente asociado a la concepción predominante sobre la ciencia, que impone un modelo de ciencia "normal". En especial, en el campo de las ciencias exactas y naturales, las más ligadas al desarrollo tecnológico. Con una carga de tradición poco discutida, especialmente donde no se da un diálogo igualitario entre diversos campos del conocimiento. (Que es lo que de alguna forma hemos querido destacar como fecundo y promisorio, en el ámbito de la Sociedad Brasileña para el Progreso de la Ciencia).

La cuestión que hay que encarar es si se puede aspirar a promover y legitimar aquella investigación de menor "originalidad", cuyo valor residiera en su capacidad de encarar problemas originales, los de nuestra realidad. Lo cual obligaría, en cambio, a formular "preguntas" originales. (Sábato, J. 1980) (García, R. 1981)

Atravesando el momento quizá más creativo de la investigación, el de la pregunta sustantiva; que pierde relevancia cuando sólo se es parte de equipos de investigación de países centrales, cuya conducción e ideología, en el sentido más general, nos es ajena.

La propuesta no es nada sencilla, cuando normalmente la legitimación de la producción científica depende de su reconocimiento en publicaciones de elevado prestigio; que recogen principalmente, entre otras cosas por su peso relativo, los temas de mayor circulación en el primer mundo. Con los cuales, por otra parte, nuestros investigadores se vinculan en su período de formación externa. De hecho, no es fácil entrar en el circuito consagrado con temas verdaderamente originales, que por otra parte requieren en general un período de maduración relativamente largo. Todo lo cual construye un verdadero círculo vicioso que no es fácil destrabar; y constituye sin duda el mayor desafío para una política científica de excelencia; por calidad y pertinencia.

La otra cuestión que lleva implícita la propuesta de estimular investigaciones cuya originalidad esté vinculada fundamentalmente al tratamiento de “problemas originales”, (y no de aportes novedosos), es que en la mayoría de los casos los “problemas”, por su propia índole, requieren de desarrollos interdisciplinarios; y por lo tanto la conformación de grupos de investigación relativamente numerosos y de formación heterogénea. Lo cual exige, para el trabajo y para la evaluación, de la presencia de investigadores de formación muy amplia; poseedores de conocimientos que superan una disciplina, de alguna manera científicamente “cultos”. Condición contra la que conspira la creciente especialización que ha promovido la ciencia moderna y que está en proceso de revisión. Más en el campo teórico que en el laboratorio y más en el primer mundo que lo que nosotros nos animamos a imaginar o permitirnos.

A esta altura debemos reconocer que lo único que logramos hasta ahora es enmarcar y señalar los problemas, así como algunas líneas de abordaje. (Quizá ese sea el primer paso que los investigadores latinoamericanos debemos aprender a atravesar; lo que por otro lado constituye parte de la rutina de investigación, cuando se han de encarar cuestiones verdaderamente “originales”).

Como no hemos de avanzar mucho más -el resto se hará al andar- resumiremos los aportes, prácticos o conceptuales, que de alguna manera se derivan del marco expuesto:

- La caracterización de la evaluación como un espacio concreto de desarrollo y estímulo de políticas propias, creativas, y funcionales para un proyecto de autonomía. Siempre que se desarrolle la capacidad de eludir las trampas que encierran el aceptar los standards absolutos de calidad y pertinencia.
- El concebir la evaluación como parte del proceso de construcción del conocimiento, exigiéndose compromiso y dedicación; encarada como una tarea de formación, que debe contar con reconocimiento académico. Protagonizada por investigadores seniors, (con el concurso de un número menor de jóvenes creativos), que han culminado una tarea propia y tengan suficiente cultura científica como para que la evaluación trascienda la condición de una tarea mecánica.
- La necesidad ineludible de promover el desarrollo de revistas científicas regionales, y el estímulo particular a la publicación en las mismas; consolidando un espacio de legitimación de la actividad científica.
- La propuesta de estimular el desarrollo de investigaciones vinculadas a problemas originales, propios de nuestra realidad; extremando la utilización creativa de los instrumentos citados.

Finalmente no podemos dejar de señalar que no es tarea menor intentar superar y actuar con cierta independencia en este campo; cuando la asociación entre ciencia y poder económico traba sin duda la construcción de un espacio que pueda representar intereses diferentes de los hegemónicos. Se necesita claridad y una política explícita, que apunte a remontar una tradición que se fue consolidando en las últimas décadas; y que ha sumado muchas fuerzas en el espacio académico, sin que lo lleguen a advertir los propios protagonistas.

Todo eso representa un enorme desafío teórico y práctico, que sólo el espacio de la integración regional permite intentar comenzar a asumirlo. A la vez que hacerlo, enriquece por sí mismo un espacio crítico de políticas de integración

Una reflexión, o reiteración, final

Confirmando nuestra fidelidad a una línea de pensamiento, hemos de repetir los términos con los que cerramos el artículo para el Encuentro equivalente del año anterior, que estuvo dedicado al tema de la Divulgación Científica:

“...no ignoramos que una propuesta como ésta para ser algo más que una buena idea requiere cambios institucionales, que den el marco a una renovación cultural en nuestras universidades. A partir de la decisión de priorizar aquello que aporte al desarrollo de una **sociedad educada e igualitaria**, enfrentando la constitución de castas poseedoras del saber y el poder. Esto requiere criterios diferentes de evaluación y de fijación de objetivos, así como el desarrollo de nuevos campos de investigación, reflexión y de prácticas educativas; exige el estímulo diferencial que respalde y legitime la creación de publicaciones regionales, que se constituyan en vehículo de promoción de un conocimiento medido con parámetros de calidad y pertinencia apropiados. Permitiendo desprenderse de criterios que se aceptan como universales. Todo lo cual constituye una pesada agenda, que sólo adquiere sentido si ha de ser compartida.

Estamos convencidos que es el tipo de tarea de enorme complejidad que en nuestra región sólo puede hacerse, casi excluyentemente, desde la universidad; y a la vez sólo será viable en el marco de un proceso de integración. Considerando a la universidad como vértice intelectual de una sociedad periférica a la que le cuesta encontrar su rumbo frente a tanto embate eficientista y globalizador. Para lo cual la universidad debe retomar un destino que supere al de la formación profesional o la resolución de los problemas de la innovación productiva; cuestiones que no son menores, pero que sólo adquirirán su sentido en el marco de un proyecto más grande. Como nos señalara la Reforma Universitaria del año 18, en la Argentina; que sigue

constituyendo un legado para la región que es imperativo multiplicar, interpretando las demandas de la sociedad actual.”

Bibliografía

García, Rolando et al. (1981) *Nature Pleads not Guilty* (Vol.1 serie “Drought and Man”, Pergamon Press, Oxford

Dagnino, Renato (1996) *Innovación y desarrollo social: un desafío latino americano*, Encuentro Hemisférico de Ministros de Ciencia y Tecnología, Cartagena, Mimeo; en REDES, marzo 1998, Buenos Aires

Herrera, Amílcar (1982-83) *Capacidade de Inovação Tecnológica x Capacidade Social de Inovação*, en Dagnino, R. (org.) (2000) Amílcar Herrera: um intelectual latino-americano, Coletânea de artigos, UNICAMP, Campinas, San Pablo

Fernandes Ana M. (1990) A construçao da ciencia no Brasil e a SBPC, Editora UNB - ANPOCS - CNPq, Brasilia

Ferrer, Aldo (1996) Historia de la globalización, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires

Fourez, Gérard (1994) La construction des sciences, Les logiques des inventions scientifiques, Introduction à la philosophie et l' éthique des sciences, De Boeck, Bruselas

Rietti, Sara y Arakelian, Cristina (1996) *Elementos para la evaluación de los Programas Especiales de Investigación (PEI) de la Universidad de Buenos Aires*, CEA, UBA, mimeo

Rietti, Sara (1999) *Diez años de ciencia y tecnología*, La Nación, Buenos Aires (28/10/99)

Sábato, Jorge A.(1980) *Desarrollo tecnológico en América Latina y el Caribe*, en Revista CEPAL, No. 10, 1980, Buenos Aires

Varsavsky, Oscar (1969) Ciencia, política y cientificismo, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969.

Varsavsky, Oscar (1968) *Facultad de ciencias en un país sur - americano*, conferencia en la Universidad Central de Venezuela, Caracas, junio 1968, Mimeo

Varsavsky, Oscar (1974) Estilos Tecnológicos, Ed. Periferia, Buenos Aires

Velho, Lea (1994) *Indicadores científicos: aspectos teóricos y metodológicos*, en Martínez E.,(ed): Ciencia, tecnología y desarrollo: interrelaciones teóricas y metodológicas, Nueva Sociedad, Caracas